

Alexis Ragougneau

NIELS



Índice

Primer acto

Segundo acto

Tercer acto

Cuarto acto

Quinto acto

Créditos

*¿Cómo es la noche ahora?
Está hundiendo sus fuerzas en el día.
Shakespeare, Macbeth¹*

Al amigo danés

¹ Traducción del Instituto Shakespeare de Valencia (*N. de la T.*).

Primer acto

1

La silueta, en cuclillas, se meneaba como un crío empujando un juguete con ruedas.

La luz del faro, que marcaba la entrada de estribor de la dársena norte, dibujó un relámpago sobre las aguas tranquilas y luego lamió el muelle. Rasmussen se puso de pie y, de nuevo con su estatura de hombre, pudo contemplar el cemento que estaba a sus pies; una pintada con letras blancas rezaba: *DO IT WELL AND DO IT NOW*. Satisfecho, el danés hundió la brocha en la lata de pintura y se apoyó en la armazón de la grúa; allí, bajo el inmenso Mecano dormido, surcó la noche con la mirada. Delante de él, amarrado, se alzaba el *Nürnberg*.

Acompasó la respiración con la rotación de la luz mientras se apretaba las correas en los hombros: la mochila pesaba más de veinte kilos. Entre el torno y el agua se extendía el muelle al descubierto. Tendría que recorrerlo durante los valiosísimos segundos de oscuridad que le ofrecía el faro. Rasmussen cogió una última bocanada de aire.

Con el impulso, estuvo a punto de caerse en la dársena; se enderezó *in extremis*, derrapó en el borde y echó cuerpo a tierra detrás de un bolardo de amarre. Un poco de gravilla chapoteó en las olitas que rompían veinte metros más abajo. En el crucero no se movió nada ni nadie. Rasmussen sabía exactamente cuántos centinelas había de guardia, los turnos de las torres de vigilancia y hasta los apodos con los que se llamaban los hombres de la tripulación de puente a puente. Había anotado todos estos detalles en una libreta rayada con su redondilla de colegial mientras observaba el

terreno desde lo alto de la grúa, la misma que tenía intención de volar para que se derrumbase encima del buque de guerra.

Una escalerilla incrustada en el cemento bajaba hasta el agua. Palpó con los dedos las barras corroídas por la sal mientras se deslizaba entre el casco y el embarcadero. Llegó a una galería horizontal, a media altura del muelle, por la que se adentró metiendo primero la cabeza. Tumbado en el conducto pudo, por fin, sacar la linternita de bolsillo.

Tenía las manos ardiendo y el contacto del metal en la palma lo transportó a esos momentos de después de los ensayos, cuando apagaba los focos, los que habían esculpido el escenario y sublimado a los actores, y en cuyo haz brillaban las partículas de polvo suspendidas en el aire. Cuando el teatro se quedaba a oscuras, había que calibrar cuán intensa era esa oscuridad para luego, guiándose con el halo de la linterna, subir a lo largo de las filas de butacas hasta llegar a la salida al mismo tiempo que la luz del día. Pero esa era otra historia, lejana, superada. En el momento presente, la lucecita trazaba su camino incierto por debajo de una araña de acero inmensa plantada directamente en el muelle de la dársena norte del puerto franco de Copenhague.

Llegó por fin al núcleo de los cimientos y abrió la mochila de tela. Le invadió las fosas nasales un efluvio de almendra amarga que en sus recuerdos era tan valioso como el de los bizcochos de manzana de su madre, tan indispensable como la pelambreira suave de su hermana pequeña. Era el olor del 808, el explosivo plástico que le habían proporcionado los agentes del Special Operations Executive británico y que Rasmussen había usado sin medida los dos últimos años.

Cogió cinco cargas, de dos kilos cada una, que pegó en la bóveda, y luego un par de detonadores lapicero cuyos extremos aplastó con el mango de la linterna. En los cilindros de cobre, el ácido liberado ya estaba royendo el cable

del percutor. El danés disponía de unos diez minutos para concluir la misión y ponerse a cubierto. La explosión abriría un cráter en el muelle y volcaría la grúa encima del *Nürnberg*. El estruendo desgarraría la noche. Con un poco de suerte, el buque estaría inutilizado una semana por lo menos. No hacía falta más.

La Alemania nazi estaba agonizando. A la guerra no le quedaban más que unos días. Estadounidenses, británicos y rusos remataban su labor de poda en Europa obligando al ejército del Reich a retroceder sin tregua hacia el norte. Y, en el fondo de ese callejón sin salida, estaba Dinamarca, que oficialmente seguía bajo la férula de la Wehrmacht.

En realidad, todo era un «sálvese quien pueda» indescriptible. Las tropas de ocupación parecía que se evaporaban, que se disolvían en el Báltico. Habían requisado hasta los peores botes para usarlos en una desbandada imposible hacia Noruega. En las calles de Copenhague, cada cierto tiempo estallaba un tiroteo. Eran enfrentamientos entre daneses (resistentes contra milicianos, partisanos contra colaboracionistas a la fuga), a falta de una auténtica oposición en el bando alemán. El ocupante ya era solo uno. Los últimos uniformes color caqui se refugiaban en los cuarteles, en los edificios oficiales convertidos en búnkeres, a veces en sus barcos.

Los dos cruceros de la Kriegsmarine, el *Nürnberg* y el *Prinz Eugen*, ya no salían del puerto. La Royal Air Force era quien controlaba ahora el cielo. Hacerse a la mar suponía exponerse al acoso de los cazas ingleses. La potencia de fuego de los buques enemigos constituía, no obstante, una amenaza para la Resistencia danesa en su empeño por reconquistar la capital. Precisamente por eso había que atizarles a cada uno con cien toneladas de chatarra en toda la cara.

Rasmussen se giró como pudo en el conducto de hormigón. El tiempo apremiaba. Los detonadores pronto activarían los explosivos. En la mochila llevaba aún cinco cargas que reservaba para el *Prinz Eugen*. En el extremo opuesto parecía como si el blindaje oscuro del *Nürnberg* hubiese taponado el túnel. Sintió un escalofrío y se puso a reptar hacia la salida.

Arriba del todo, en el hueco que quedaba entre el casco y el muelle, las estrellas habían atravesado las nubes y la noche. Rasmussen se aupó hasta el borde sujetándose a las barras. No había subido ni diez escalones cuando una sombra se le vino encima. Se quedó suspendido entre el cielo y el mar. En la mochila, además de los explosivos, la linterna y la brújula, llevaba la Luger Parabellum, la de la Casa de la Montaña. Por primera vez desde hacía nueve meses, quizá tuviera que usarla; enseguida se percató de lo absurda que resultaba esa idea. Lo que llevaba a la espalda ya no era un arma de fuego, sino más bien una reliquia o, por qué no decirlo, un *memento mori*.

La silueta, con las prisas, perdió pie en un peldaño. Rasmussen creyó que iba a arrastrarlo en su caída y, por instinto, tensó los músculos. Pero el otro, milagrosamente, logró agarrarse con una mano. El danés vio cómo iban creciendo aquellas posaderas a medida que se le acercaban. Silbó entre dientes. Una cabeza apareció por encima de ese culo tirando a gordo que le impedía ver el cielo estrellado. Los pantalones tenían un desgarrón que cruzaba la nalga derecha hasta la parte superior del muslo; por fuera le colgaba un jirón del forro.

—¿Munk?

—¿Niels? ¿Eres tú?

—Por Dios, Munk, ¿quién va a ser si no?

—¿Ya has colocado los explosivos?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No sabía por cuál ibas a empezar. Contigo nunca se sabe.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por la pintada en el suelo, Niels. La reivindicación. La pintura todavía estaba fresca.

—Siempre exiges que la pintemos antes de cada voladura.

—Así es como te he encontrado en el muelle.

—De haber llegado unos minutos más tarde, saltas por los aires.

—¿Ya has colocado los explosivos?

—Acabo de activar los detonadores.

—Carajo, Niels. Vas adelantado.

—Tengo ganas de reventarlo todo. Para eso estoy aquí.

—Vuelve abajo. Se cancela la operación. Hay que descebar.

—¿Qué dices?

—Cancelamos.

—¿A qué viene eso?

—Vuelve abajo. Te espero debajo de la grúa para contártelo.

Se comunicaban con susurros y ahorrando palabras, encajonados entre el muelle y las ocho mil toneladas del *Nürnberg*. Se oyó una voz que venía del buque de guerra y los dos hombres se pegaron contra la pared. Una colilla incandescente pasó a menos de un metro de la escalera y chisporroteó debajo de ellos. Esperaron, tan minerales como la piedra. Cuando Rasmussen alzó la cabeza, Munk se había desvanecido en la oscuridad.

Volvió a la galería de debajo del muelle.

Munk nunca intervenía en el escenario de las operaciones. Se limitaba a establecer los objetivos en colaboración con los ingleses, a coordinar lo mejor posible las acciones con los partisanos comunistas, a captar cómplices *in situ* y a suministrarles a los artificieros tanto información como explosivos. En casi dos años de resistencia, Rasmussen no lo había visto ni una sola vez a menos de un kilómetro de una

bomba a punto de estallar. Lo suyo era la logística. La estrategia. En pocas palabras: era un político.

Por su parte, desde que ingresó en el grupo Holger Danske*, Rasmussen resultó ser un manitas y un electricista excepcional, con gran habilidad para camuflar los artefactos explosivos dentro de elementos de apariencia inofensiva y, en ocasiones, casi poéticos: un aparato de radio, una casita para pájaros, un costurero, una sombrerera... Munk lo envió a Suecia para aprender los métodos de sabotaje del SOE. Al regresar, voló el pabellón de exposiciones Forum en el barrio de Frederiksberg, que a la sazón se usaba como cuartel, ingeniándose las para ocultar la bomba en una caja de cervezas que él mismo entregó en mano. Desde entonces, las cristalerías arrasadas del pabellón se erguían, en pleno centro urbano, como un inmenso esqueleto de hierro con un calado de encaje. Aquel éxito apocalíptico lo consagró como un artificiero muy ducho que remodelaba las zonas industriales de la periferia y la red ferroviaria de Copenhague a golpe de explosivo 808. Los dos compinches habían organizado innumerables operaciones. La reciprocidad de su relación se había acentuado desde que los aliados desembarcaron en Normandía. Los sabotajes proliferaban (hasta veinte explosiones en una noche) para impedir que la Wehrmacht trasladara las tropas de Noruega a las zonas de combate francesas. Así y todo, el papel de cada uno seguía siendo muy claro e inmutable: en aquel cuerpo de resistente, Munk era la cabeza y Rasmussen, el brazo armado.

Con mil precauciones, retiró los detonadores de las cargas de plástico y los observó, ya inutilizados, a la luz de la linterna. Munk acababa de pitar el final del recreo. Lo único que le quedaba por hacer era tirarlos al agua del puerto como simples colillas.

Los dos hombres se reunieron al amparo de la grúa que ya no iba a destrozar el crucero enemigo. A sus espaldas dormía el *Nürnberg*.

—¿Por qué se ha cancelado la operación?

—Esta vez es el final, Niels. Lo ha anunciado la BBC: Friedeburg ha pedido el armisticio en el frente occidental.

—La BBC difundió un mensaje cifrado justo antes de que yo saliera. Mañana por la noche está prevista una entrega de armas. Así que ¿qué me estás contando?

—Montgomery ha aceptado la rendición de las fuerzas alemanas del norte. Es oficial.

—¿Se ha terminado la guerra?

—No del todo. Aún queda la capitulación final. Mañana los ingleses van a trasladar a Friedeburg a Francia, al cuartel general de Eisenhower. El armisticio se va a firmar allí, lo sé de buena tinta.

—Entonces, no se ha terminado del todo.

—Que sí, Niels. Para nosotros, se ha terminado. Desde esta noche, Dinamarca vuelve a estar en paz. Y hemos ganado nosotros.

—Me podrías haber dejado terminar. Como un broche final, eso es lo que habría pasado aquí. Dos cruceros convertidos en chatarra y palmeras luminosas en el cielo.

—¿Para qué? Ahora, esos barcos son nuestros. Mañana por la mañana voy a mandar un grupo para que tome posesión en nombre de la Resistencia. Vamos a dejar la cortesía *british* a la altura del betún. Tendremos una posición de fuerza para negociar la entrega a los aliados.

—¿Les vas a dar nuestros cruceros a los ingleses?

—De todas formas, se van a quedar con ellos. Las tropas de Montgomery ya han cruzado la frontera. Más vale que los reciban de los daneses que de los *fritzs*. Tenemos que demostrarles que aquí las riendas las volvemos a llevar nosotros.

—Aun así. Podrías haberme dejado rematar la obra.

—Vámonos, Niels. Volvemos a casa.

Salieron de la dársena norte y bordearon la alambrada de espino que delimitaba la zona portuaria. Rasmussen había abierto en ella, esa misma noche, antes de todo lo de-

más, un hueco por el que se había colado sin permitirse ni un solo rasguño. Cuando Munk se coló a su vez, se dejó un trozo de pantalón. Rasmussen pasó de largo sin siquiera fijarse. A cien metros estaba la entrada del puerto, protegida de las amenazas exteriores con una barrera, dos garitas tricolores, una ametralladora pesada y cuatro soldados con casco y fusil en bandolera.

Munk dirigió a su compañero un susurro desabrido:

—¿Qué haces? La salida está aquí.

Rasmussen se inmovilizó a plena luz.

—¿No has dicho que volvemos a estar en paz? Entonces, ¿para qué arriesgarse a que te hagas otro siete en el pantalón?

Munk se puso pálido. Le echó una última ojeada a alambrada de espino cortada y, como si fuera uno de esos autómatas que los feriantes exhibían antes de la guerra en los jardines de Tivoli, siguió andando detrás de Rasmussen. Iban a cuerpo descubierto, desafiando la suerte y a los centinelas. ¿Les habrían comunicado siquiera que su bando se había rendido?

Rasmussen pasó entre ellos, con las manos en los bolsillos, silbando una musiquilla alegre. Les lanzó un «*Hallo, wie geht's?*» mientras su compañero le seguía, con la frente chorreando. Ante aquellos tipos tan raros que habían surgido de la nada, los cuatro alemanes se miraron intrigados, sin esbozar ni un movimiento. Para entonces, Rasmussen ya estaba cruzando las vías del tren. Había dejado de silbar.

Dos bicicletas los esperaban en la esquina de la calle de Århusgade. Cada uno se subió a la suya sin decir palabra y se adentraron en la ciudad, dejando a sus espaldas el mar y el viento. Munk se situó a la altura de su compañero. Gracias al aire fresco que le daba de frente, su cara volvía a tener un color normal.

—Casi nos matan por tu culpa. Lo sabes, ¿no?

Rasmussen imponía un ritmo constante.

—¿Niels? ¿Me estás escuchando, al menos?

Pedaleaba cada vez más deprisa; los hombros le oscilaban siguiendo el movimiento de las ruedas.

—¿Qué pretendías demostrar? ¿Lo valiente que eres? ¿O lo inconsciente? ¿O que tienes impulsos suicidas? Me pregunto qué le habría parecido esto a Sarah...

Munk iba un cuerpo por detrás de Rasmussen. Alzó la voz para que este lo oyera mientras cruzaban por el bulevar de Strandboulevarden, que estaba desierto.

—¡Niels! Has arriesgado mi vida para nada.

Rasmussen machacó los apoyamanos de los frenos sin previo aviso. El neumático de atrás chirrió sobre la grava y la bicicleta que llevaba detrás estuvo a punto de chocar con él. Munk y él se quedaron parados delante del localito de un peluquero, en cuya fachada colgaba un par de tijeras gigantescas.

—Eso es lo que has hecho durante dos años, Munk. Arriesgar la vida de los demás. Unas veces para algo y otras, para nada.

—Esas eran las reglas del juego, lo sabes de sobra.

—La próxima vez vas a ser tú quien vuelva al túnel para descebar la carga.

Munk se quedó mirando el rastro que habían dejado en la grava al frenar.

—No habrá una próxima vez, Niels. Tanto si te gusta como si no, la guerra se ha acabado del todo.

En el preciso instante que concluyó la frase, unos disparos resonaron en la noche. A lo lejos, hacia la Ópera, un grupo de colaboracionistas de la Hilfspolizei llevaban defendiéndose de los ataques de los partisanos desde el atardecer. De vez en cuando, los tiroteos cesaban y daba la impresión de que el barrio ya estaba limpio de una vez por todas. Un puñado de vecinos se atrevía a salir a la calle, pegándose a las paredes y evitando la luz de las farolas. De repente, una ráfaga tableteaba en un tejado. Todo el mundo corría a refugiarse en las puertas cocheras. Los policías HIPO* ahora iban de paisano y, sin el uniforme negro, era

difícil distinguirlos de los resistentes. Algunos, acorralados al borde de un canalón, preferían saltar al vacío antes que dejarse atrapar. Tres o cuatro segundos de caída libre en lugar de una ejecución sumarísima.

Los dos ciclistas iban bordeando los lagos. Parecía como si los separase una luna de cristal. A la altura del jardín botánico, en la planta baja de un edificio de ladrillo, se abrió una puerta y una familia entera se desparramó por el pavimento. Las calles se iban animando como si fuera de día. Todo el mundo apretaba el paso en la misma dirección. Las bicicletas se sumaban a los peatones. Los timbres repicaban en los manillares. Era la una de la madrugada del 5 de mayo de 1945. Copenhague se despertaba al anunciarse su liberación.

Delante del palacio de Amalienborg se formaban corrillos bajo las ventanas del rey. Esta vez, Dinamarca volvía a estar en paz. En las fachadas de color ocre y rojo se entornaban las cortinas. Las terrazas y las ventanas se poblaban de velas. Era una consigna de la BBC. Todos seguían, eufóricos, las órdenes de un aparato de radio, de una voz que venía de fuera. La noche danesa se engalanaba con miles de estrellas más.

Cuando los dos hombres llegaron a la altura de la estación central, torcieron hacia la calle de Istedgade y Rasmussen por fin redujo la velocidad vertiginosa. Dejó que lo invadiera una paz que no tenía nada que ver con la noticia de la victoria, que no dependía en absoluto de un papel firmado ni de un apretón de manos entre militares.

Regresaba al barrio de su infancia, al de los matarifes y los carniceros, a cuyo alrededor se entrelazaban las vías de ferrocarril. El barrio donde disputaban carreras de persecución al fondo de un solar y jugaban al escondite en las callejuelas populares. El barrio donde escondían, en un sótano oscuro o en el retrete del fondo del patio, los tesoros de botellas de cerveza, cajetillas de tabaco y sostenes de encaje arrancados de la cuerda de tender de la vecina. El

barrio idóneo para, al entrar en la edad adulta, imprimir periódicos clandestinos, ocultar armas y explosivos, y montar refugios donde emboscarse después de descarrilar un tren. Durante cinco años, Vesterbro se había guarecido de la ocupación. Cuando una patrulla se arriesgaba a entrar, las ventanas se abrían y una lluvia de orinales caía sobre los soldados enemigos.

Munk y Rasmussen frenaron delante de la tienda de radios que hacía las veces de enlace para la red. La gente había pasado meses reuniéndose detrás de la fachada azul para oír la BBC muy en secreto. Esta vez, habían sacado a la acera un megáfono que vociferaba las últimas noticias que llegaban del frente.

Los dos hombres dejaron las bicicletas y se metieron en un edificio de ladrillo rojo. Por el hueco de la escalera, los vecinos brindaban a la salud de los combatientes victoriosos.

Llegaron al ático oliendo a cerveza y a aguardiente; a la mesa de una cocina improvisada con un hornillo de alcohol, un cazo sin mango y una sartén, estaba sentada una joven. Los rizos pelirrojos le caían sobre un vestido primaveral. Llevaba puesta una chaqueta militar vieja e iba calzada con botines claveteados. Alzó la mirada hacia los recién llegados y los cristales de sus gafas relampaguearon brevemente. Tenía en el regazo la culata de un fusil Enfield a medio desmontar, que el vientre abultado como un globo tapaba a medias.

Se puso de pie con esfuerzo y Rasmussen la abrazó. Sarah apenas le llegaba hasta los hombros. Sentía el vientre redondo presionándole el sexo. Le pareció notar que el niño se movía.

—Dicen que se ha terminado.

—Munk me lo ha dicho, sí.

—Hace un rato, bajé a la tienda para oír la radio.

—No deberías haberlo hecho. Ha sido una imprudencia.